

co quebrando las barreras del prejuicio; y rara avis finalmente porque se desentiende de los rituales académicos que establecen cánones y prohibiciones inhibitorias del pensar libre y abierto.

En el final de "Notas para una introducción" Oscar del Barco señala la búsqueda siempre inconclusa e imposible de la que su libro es manifestación: "Dice George Steiner: 'en su límite extremo, cuando bordea la luz, el lenguaje de los hombres se vuelve inarticulado, como el del niño antes de aprender a manejar las palabras', y 'donde cesa la palabra del poeta comienza una gran luz'. De esa gran luz no se puede hablar, pero al mismo tiempo es de lo que constantemente queremos hablar, es de lo único que nos interesa hablar, ya que todo hablar presupone la luz: cuando las palabras no significan nada comienza el lenguaje del silencio, el que sólo habla si las pa-

labras regresan al origen". (página 20) *El abandono de las palabras* es testimonio de eso "único de lo que nos interesa hablar", sus páginas expresan la intensidad y el esfuerzo especulativo por recobrar el antiguo pudor ante las amenazas de un Sistema que borra toda huella que nos remita al origen: la metástasis productivista que acelera sus movimientos y distancia al hombre de lo importante, la profanación del lenguaje por una civilización que se ha puesto de espaldas a toda forma de trascendencia y el imperio de una codificación racional-burocrática del saber, convierten al esfuerzo intelectual de Oscar del Barco en un gesto de resistencia capaz de ofrecernos, en el correr de sus páginas, la experiencia de una lectura fraterna en la que *las palabras dejan entrever algo de su inasibilidad*. ■

Ricardo Forster

La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina, Jorge Castañeda

Ariel, Buenos Aires, 1994, 524 págs.

En verdad el título del libro es muy provocativo. La misma palabra "utopía" aplicada hoy a la política tiene ya un sentido descalificador al hacer referencia a la ausencia de lugar en el mundo real, a una quimera, a algo imposible.¹ Y peor aun si esa utopía está "desarmada", porque ello significa que los proyectos, las ilusiones de construir un lugar, una sociedad mejor, por los que la izquierda latinoamericana —ya que de ese sujeto se trata— luchó durante tanto tiempo se han quedado sin los instrumentos para llevar a la acción. Así la izquierda se habría rendido ante la evidencia de un mundo donde pareciera que ya no hay lugar para ella.

Pero no es ese sentido pesimista el que el libro pretende transmitir. Cuando Castañeda habla del "desarme" de la utopía lo hace en un doble sentido: por

un lado, literalmente, los proyectos de la izquierda se "desarmaron" en el sentido de que ésta entregó las armas y "bajó del monte" para concertar nuevas reglas de juego, para aceptar las pautas del sistema democrático-representativo, como lo demostrarían los ejemplos de El Salvador, Colombia y Nicaragua al aceptar la confrontación electoral; pero por otro, en un sentido figurado, lo que se habría desarmado sería la idea misma de utopía, entendida como un proyecto de sociedad total, cerrada, como propuesta paradigmática.² Porque en realidad para Castañeda, que participa del clima general del post-modernismo, los que se habrían desvanecido en el aire son los paradigmas. Esta idea es una de las más fuertes que recorren todo el libro.

Sin embargo, lo que el autor intenta es mostrar, a

1.- El vocablo designaría la tierra de "ningún lugar", se trataría de una "sociedad radicalmente distinta ubicada en una otra parte definida por un espacio-tiempo imaginario, una representación que se opone a la de la sociedad real que existe *hic et nunc*". Véase Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, pág. 65.

2.- Se trata de una sociedad cerrada al ser la mejor comunidad política imaginable pero que es pura construcción intelectual, "que no existe en ningún otro lugar que no sea precisamente en el imaginario que se abre al saber y es elaborado por éste; la mejor comunidad no tiene otra legitimidad más que la racionalidad del proyecto que la funda". Véase Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios...*, op. cit., pág. 67.

través de una prolija y bien documentada reconstrucción histórica, el importante papel desempeñado por la izquierda latinoamericana en todo lo que va del siglo, al punto de sostener que fue uno de los elementos más influyentes en la evolución política de la región a pesar que —como reconoce— en muy contadas ocasiones haya podido concretar sus programas desde posiciones de gobierno, y señalar las nuevas perspectivas que se abren para ella pese a la caída del socialismo y a la tendencia hacia la aparente homogeneización de las ideologías tras el modelo norteamericano.

El tono de todo el libro es crítico de la experiencia pasada pero a la vez cauto y optimista frente a la situación presente; efectivamente, parecerían existir “promesas” para la izquierda en Latinoamérica porque las condiciones que le dieron vigencia en años anteriores no se habrían modificado, profundizándose en algunos casos las diferencias sociales y económicas que distorsionarían las imágenes de países prósperos mostradas por los gobiernos de sus principales naciones.

Así, que la izquierda se haya desarmado, fundamentalmente como consecuencia del fin de la guerra fría, no significa que no tenga nuevas armas para utilizar, no ya los fusiles, no ya la guerra de guerrillas, coherentes dentro de un contexto histórico donde el sistema democrático-partidario estaba muy desacreditado y las connotaciones autoritarias eran muy fuertes tanto en la derecha como en la izquierda. Entonces, para comprender los desafíos que se le abren hoy a la izquierda, Castañeda comienza por analizar los elementos que a lo largo del tiempo la fueron configurando y la particular experiencia histórica que marcaron su evolución. A los efectos de organizar la exposición, realiza una clasificación de la izquierda según dos criterios: el ideológico-político y el funcional. De acuerdo con el primero, considera que ésta puede ser descompuesta en cuatro grupos: los partidos comunistas tradicionales, la izquierda nacionalista o populista, las organizaciones político-militares y los reformistas de la región; funcionalmente se pueden agregar dos grupos: la izquierda social y la intelectual. Y es aquí donde puede realizarse la primera observación. Ella se refiere a la dificultad de utilizar estos criterios de clasificación. Porque, por ejemplo, no queda claro cuál es el recorte de la izquierda intelectual como grupo aparte porque ésta puede in-

cluirse en el interior de los otros grupos. Uno puede preguntarse también en quiénes estaba representada la “izquierda social” —entendida como la “explosión de las bases”— décadas atrás cuando, como el autor reconoce y luego veremos, ésta parece ser una novedad de los ochenta. Entonces, tal vez, el mejor criterio para establecer las diferencias y particularidades sea el criterio cronológico-contextual, en el sentido de ir marcando en cada etapa —que obviamente habría que precisar— qué expresiones de la izquierda predominaron. Si bien el mismo autor reconoce cinco fechas que sirven de hitos descriptivos de la trayectoria de la izquierda,³ que se entrecruzarían con los otros criterios de clasificación adoptados, en la caracterización de los grupos así como en la organización de los capítulos predominan los dos principios anteriormente señalados. Privilegiar el criterio temporal, incorporar la pregunta acerca del “cuándo”, tal vez permitiría subsanar en alguna medida la dificultad que el mismo autor reconoce para ofrecer una definición de su propio objeto que atraviese las diferentes épocas: ¿qué significa ser de izquierda hoy cuando los que antes lo eran, como los ideólogos soviéticos de línea dura, aparecen ahora a la derecha y los que eran oposición parecen encontrarse en una línea más progresista? Este cambio de posicionamiento que el autor destaca no es sino una consecuencia del continuo desdibujamiento que afecta a los actores sociales en el proceso histórico en donde ser es un permanente estar siendo, con bordes fluctuantes, y que lleva a la necesidad de pensar toda categorización no como ontológica sino sólo como epistemológica y como tal, provisoria. Entonces, de acuerdo con esta idea y según lo que sostiene el mismo autor ser de izquierda tendría que ver, más que con definiciones ideológicas y estratégicas, con actitudes, con tomas de posición y conductas frente a un mundo cambiante donde lo que la caracterizaría sería estar a favor del cambio frente al *status quo*, apostar a la justicia social, a la defensa de los derechos humanos y a la equidad por encima de otros valores.

A pesar de los esquematismos implícitos en toda clasificación, el marco de referencia adoptado le sirve adecuadamente al autor para desarrollar la que aparece como la primera parte del libro, comenzando con las que habrían sido las formas iniciales que adoptó la izquierda en el siglo xx latinoamericano, representadas en la antinomia comunistas-populistas.

3.- Estas corresponderían a la entrada de Fidel Castro en La Habana el 8 de enero de 1959, a la muerte del Che Guevara el 8 de octubre de 1967, a la de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, al triunfo de la Revolución sandinista en Nicaragua el 19 de julio de 1979 y a su derrota electoral el 25 de febrero de 1990. Véase Jorge Castañeda, *La utopía desarmada...*, op. cit., págs. 21-22.

Así, para él hasta la Revolución cubana, la trayectoria aparece como una crónica de las diferencias, alianzas y conflictos entre los partidos comunistas de la región y los llamados movimientos populistas, nacionalistas o "nacional-populares". Pero más que en las relaciones entre estas dos primeras grandes formas de la izquierda latinoamericana, el capítulo se centra en la trayectoria de cada una de ellas por separado.

Un hito clave dentro de esta historia es, obviamente, el de la revolución cubana en 1959. Así en un capítulo particularmente interesante titulado "El crisol cubano", Castañeda destaca cómo Cuba se convirtió en una especie de probeta y de faro al mismo tiempo, donde se fundieron y experimentaron propuestas originales para toda América. En efecto, la Revolución cubana pretendía proyectarse con una dimensión continental y así, en este capítulo, el autor aporta elementos sobre la penetración, contactos y aportes específicos que Cuba realizó en los países latinoamericanos para promover o apoyar los distintos procesos revolucionarios, especialmente a través del aparato creado por Manuel Piñero como viceministro del Interior entre 1961 y 1974. Sin embargo, luego de una primera etapa donde Cuba se convirtió en la difusora de la teoría del foco y en modelo para las distintas organizaciones armadas, hacia los setenta habría comenzado a observarse cierta retracción a la vez que ésta estrechó los vínculos con la URSS.

El renacimiento de la revolución tendría que esperar lo que Castañeda denomina como "la segunda ola" donde el eje de la acción se trasladaría, fundamentalmente, a Centroamérica y al Caribe. Pero ahora la idea del foco sería reemplazada por la política de unir fuerzas dentro de las filas de la revolución, y con las fuerzas democráticas nacionales e internacionales. Aquí analiza, entonces, los procesos que tuvieron lugar en Guatemala, El Salvador, Nicaragua, donde veinte años después de lo acontecido en Cuba volvió a triunfar otra revolución con gran apoyo de masas e, inicialmente, con un carácter políticamente pluralista lo que le sirvió para obtener gran consenso internacional; aunque después esas características se hayan modificado. Como una excepción a la herencia castrista de los sesenta, destaca los "últimos coletazos" de la lucha armada: la que emprendieron el M-19 en Colombia y Sendero Luminoso en Perú, marcando las diferencias entre estos dos.

Pasa luego a analizar el reformismo. Tras señalar que, salvo en ciertos casos como el de Allende en Chile donde esta forma de izquierda llegó al poder, el reformismo fue más bien utilizado por la izquierda, por las características de las sociedades latinoamericanas muy diferentes de las europeas, como el refugio mientras se "reparaban las naves" o como la "expectativa resignada" que buscaba el menor de los males.⁴ Luego reseña los contactos mantenidos con la socialdemocracia europea y las transformaciones y divisiones que se fueron operando en el interior de los distintos partidos reformistas. También presta atención a los nuevos partidos con esas características que comenzaron a aparecer en América Latina hacia fines de los ochenta, como el Partido de los Trabajadores de Lula, en Brasil y el Partido de la Revolución Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas, en México, entre otros.

Con respecto a lo que había clasificado como izquierda funcional, el autor destaca lo que llama el "cambio de guardia", en el sentido de que luego de varios años en que los intelectuales —comprendiendo dentro de esta categoría tanto a escritores, científicos sociales, pensadores como a artistas y editores— habrían desempeñado el papel del "intelectual orgánico" de Gramsci cumpliendo una función muy importante como denunciantes de las desigualdades sociales y de la teoría de la dependencia consiguieron, a principio de los setenta, una base de masas. Esa praxis acumulativa habría contribuido a generar lo que, a pesar de o como reacción a los años de represión, aparece para él como el fenómeno de los ochenta: la explosión de la sociedad civil o "de las bases". Entonces, en el capítulo titulado "El cambio de guardia" se refiere a que, de alguna manera, la función de los intelectuales empezaría ahora a ser asumida por los movimientos sociales; ya no puede pensarse la acción desde el "partido" sino como integración de los movimientos sociales. Se habría operado el fin de la vanguardia para partir en cambio de las bases, sería el turno de la "izquierda social" donde comunidades cristianas, colonos o pobladores, mujeres, estudiantes y activistas de derechos humanos, entre otros, se organizan y movilizan de acuerdo con problemáticas específicas y no según líneas de clase. En este sentido y siguiendo —aunque el autor no lo mencione— lo ya planteado por Offe,⁵ el imperativo de la izquierda debería ser articular esa izquierda social con una iz-

4.- *Ibidem*, pág. 145.

5.- El problema de la representatividad de los partidos políticos y el del surgimiento de movimientos "desdiferenciadores", en el sentido de superar la diferencia, la separación entre la esfera política y la sociedad, buscando anclarlos en demandas sectorizadas, aparecen muy bien planteados en Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Ed. Sistema, Madrid, 1988, págs. 93-102.

quierda política remozada, ya que la primera por sí sola tendería a desvanecerse en la simple protesta y la segunda sin la primera sería anacrónica y vacía.

El otro gran fenómeno de finales de los ochenta y que guarda estrecha relación con lo que señalamos anteriormente, es el fin de la guerra fría, la caída del socialismo “real” y con él la idea de revolución. En Latinoamérica esto tendría importantes consecuencias evidenciadas en lo que ya hemos señalado como entrega de las armas y en la derrota electoral sufrida por los sandinistas en Nicaragua en 1990. Pero a la vez, paradójicamente, durante la década de los ochenta, la “década perdida” según el autor, la crisis social y económica habría alcanzado su pico máximo que, sin embargo, no condujo a una explosión social porque habría coincidido, según Castañeda, con el proceso más significativo y amplio de democratización vivido en medio siglo. Pero esa situación, a la vez, mantendría las condiciones latentes para acciones extremas y reactualizaría el papel de la izquierda.

Ahora bien, para que esa izquierda se adecue a las nuevas realidades debe redefinirse. En lo que podríamos considerar como la segunda parte del libro, aunque el autor no presente esta división en el texto, irá puntualizando entonces lo que considera los imperativos del momento, para terminar presentando una propuesta que aparece como “un compromiso de fin de siglo”, tal el título del último capítulo, basado en un “nuevo pacto fundacional”. A ese compromiso lo planteará no sólo como un proyecto de la izquierda sino como una propuesta para toda Latinoamérica, en el sentido de reunir las voluntades de distintos sectores sociales.

Entre esos imperativos se encuentra la necesidad de superar viejas antinomias presentes en el nacionalismo que siempre caracterizó a la izquierda latinoamericana. Castañeda propone el pensar un “nacionalismo longitudinal”⁶ que atraviese los límites nacionales y reúna las solidaridades en torno a políticas específicas.

Otro de los imperativos sería el de superar la opción entre democracia representativa o desarrollo económico con igualdad social y orientado hacia la emancipación nacional. De lo que se trataría ahora es de “democratizar la democracia”, esto es que haya un equilibrio entre el ejercicio de la ciudadanía política y el de la ciudadanía civil, o sea ser sujetos sociales en el sentido de partícipes de los beneficios

y obligaciones del sistema democrático y no como ocurriría ahora amplios sectores son excluidos de hecho aunque voten. Según Castañeda, la pobreza no es compatible con la democracia porque se convierte en una “combinación explosiva”,⁷ así se vuelve urgente nivelar el crecimiento con la equidad como condición sine qua non para el funcionamiento de la democracia.

Frente a las cifras alarmantes sobre el incremento de la pobreza en América Latina, que Castañeda presenta en el capítulo “Un dilema latinoamericano” respaldadas por una importante información estadística, la izquierda puede reasumir el papel de siempre –ser la voz de los marginados– pero con nuevos instrumentos. Esos instrumentos son reunidos en una especie de propuesta que aparece como heterodoxa y anti-paradigmática y que se inclinaría más por una posición reformista. La base fundamental sería un tipo de economía social de mercado regulado por un Estado benefactor pero no a la usanza del Estado pródigo de los ‘30 ó ‘40 sino como autonomía de gestión y fuertes organismos de control, que extienda los bienes públicos sin que esto signifique necesariamente aumentar los bienes estatales, y con marcada conciencia de la interdependencia de las naciones. Esta propuesta, muy influenciada por las conclusiones de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, ya no ve el eje como Este/Oeste sino como Norte/Sur. Así, según el autor, la izquierda debe aplaudir salidas como la del Mercosur que plantean la integración en un plano de igualdad y, frente a las grandes potencias, la no-reciprocidad y el acceso diferenciado a los mercados.

Pero Castañeda no se queda sólo en la enunciación de ese proyecto general sino que puntualiza, además, las medidas concretas que entiende deben tomarse para hacerlo viable que él sintetiza como una respuesta a la japonesa en lo económico –en el sentido de industrializarse para la exportación– y a la alemana en lo social. Pero reconoce que el problema principal no reside tanto en formular un programa alternativo sino en construir la coalición política y social de masas que lo adopte. Por eso se trataría de “un nuevo pacto fundacional” ya que la izquierda no se fundaría en una clase sino que buscaría la integración de los sectores progresistas.

Tal vez luego de considerar esta propuesta podría criticársele el que, a pesar de todas las prevenciones contra los paradigmas, caiga él mismo en una especie de “modelo universal” a adoptar por la izquierda,

6.- Jorge Castañeda, *La utopía desarmada...*, op. cit., págs. 337-344.

7.- *Ibidem*, pág. 372.

aunque como él mismo reconoce, en el construir la coalición de masas que lo implemente estaría el verdadero desafío particular y creativo. El nuevo clima de los tiempos quizás lo lleva también a una excesiva confianza en las posibilidades de la democracia para promover la equidad, pero de todas maneras esos interrogantes que quedan planteados al lector no le restan valor al libro. La importancia de éste reside fundamentalmente en lo ambicioso del proyecto de reunir en un solo texto las diversas experiencias de la izquierda en Latinoamérica registrando la especificidad de cada una, tarea que fue posible como consecuencia de la serie de trabajos previos realizados sobre casos particulares⁸ y por un acceso privilegiado a diferentes tipos de fuentes; así como por integrar la tarea de reconstrucción histórica con un análisis de los dilemas que, como consecuencia de ese pasado, se le abren a la izquierda para terminar, luego, esbozando una propuesta para el futuro. Tal vez ésta no sea novedosa, en el sentido que recoge

los debates que desde la Filosofía o la Ciencia Política vienen ya teniendo lugar desde hace tiempo,⁹ pero lo interesante es cómo el libro desborda en datos empíricos para ejemplificar los fenómenos que intenta caracterizar. Encontrar todo esto bien sustentado en un mismo libro lo convierte ya en digno de interés.

La utopía se ha desarmado como propuesta paradigmática pero no como construcción hacia el futuro, como aspiración de edificar una sociedad mejor. La idea del alter ego, de la visión dualista y excluyente parecen ceder paso a la era de la heterodoxia y de la integración social, nacional e internacional, como únicas maneras de preservar el mundo. Y en él la izquierda no es una utopía -en el sentido de un "sin lugar"-, como todos los sujetos sociales ha sufrido el ataque a las viejas certidumbres pero eso no significa que ya no haya lugar para ella. Todo el libro de Castañeda es un intento por definir ese lugar recogiendo la experiencia pasada. ■

Mónica Gordillo

Revuelta en Tiempo Nublado, del socialismo "real" al "nuevo orden", Horacio Crespo

Colección Estilos, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1993, 370 págs.

El excelente libro de Horacio Crespo, Revuelta en tiempo nublado, supone, además de un recuento de los principales fenómenos que han definido la realidad política internacional de la última década, una invitación para un debate más amplio que apunte a tratar algunos de los dilemas clásicos que han desgarrado al progresismo occidental a lo largo de su historia.

La expresión "aldea global" acuñada por Marshall McLuhan allá por los años sesenta, se popularizó rápidamente porque expresaba una realidad puesta de manifiesto por la evolución de la econo-

mía y las comunicaciones. La multiplicidad de las conexiones y la interdependencia de los procesos en el mundo moderno y posmoderno es un hecho que nos influye constantemente, no sólo a través de los condicionamientos impuestos por el mercado, sino, esencialmente, a través de las proyecciones que impone su globalización: por el vertiginoso trasvasamiento de modas, entretenimientos y códigos que circulan de un lado para otro y que marcan una revolución cultural muy diferente de la que soñara Mao Tse-Tung. Y tal vez no menos pesadillesca de lo que resultó la acuñada por el "Gran Timonel".

Porque esa interpenetración de todo por todo, pesa a que envuelve al planeta en un tejido impalpable

8.- Entre los trabajos del autor pueden mencionarse *El economismo dependiente*, 1978; *Nicaragua: contradicciones en la revolución*, 1980; *Los últimos capitalismos*, 1982; *México: el futuro en juego*, 1987; *Límites en la amistad: México y Estados Unidos*, 1989; y *La casa por la ventana*, 1993.

9.- Ver, por ejemplo entre otros, el libro de Claus Offe, *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Alianza, Madrid, 1990 y el de este autor citado anteriormente; Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid; Adam Przeworski, *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza, Madrid, 1988; A. Panebianco, *Modelos de partido*, Alianza, Madrid, 1990; Manuel García Pelayo, *Las transformaciones del Estado contemporáneo*.